

El poder de la salud y el desamparo

Autora: Le fou

Nivel: 2

“Si quieres curar a alguien, primero pregúntale si está dispuesto a renunciar a aquello que lo enfermó”

Hipócrates de Cos

En medio de una crisis global como la que atravesamos; producto de la pandemia, el sistema sanitario es uno de los protagonistas necesarios de la actualidad. Los trabajadores de la salud son los héroes de esta guerra contra el Covid-19 y son los primeros en la línea de batalla. No obstante, al jerarquizarlos sin duda merecidamente, en esta posición se los inmuniza contra el cuestionamiento social. Este contexto genera una dependencia total al sistema sanitario en una sociedad que se jacta de ser libre y que tiene como valor fundamental al individualismo. Por fuera y dentro de esto, proliferan las empresas que se benefician de este sistema supuestamente libertario. Son las mismas que terminan insertando al ser cuerpo en un ciclo de malestares. Proporcionándole soluciones inmediatas y superficiales. Para finalmente terminar interviniendo en su salud. Siguen repitiendo que somos independientes. Siguen repitiendo que solos y con nuestro mérito nos llegará lo mejor. Sin embargo ¿Somos realmente libres, o simplemente delegamos el poder de controlarnos a *otros*?

La OMS, define salud como *“un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades”* (2020). Según esta tesis, nadie es sano dado que vivimos en sociedades que alteran nuestro bienestar de manera constante. Así, el sistema sanitario se permite intervenir en todos los individuos “insanos”. Él es quien determina salud o enfermedad, bien o mal, normalidad o anormalidad (Foucault, 1977).

En la tesis *Medicalización de la sociedad y desmedicalización del arte médico*, Berenguer cuestiona cómo la medicina se inserta en las sociedades, y acapara el lugar que antaño cumplían las religiones. Aunque esta área de la biología logra explicar lo aparentemente inexplicable, a través de la ciencia, no es capaz de dar soluciones a los problemas anímicos. La ciencia objetiviza al paciente, desamparándolo. También lo abandona protocolizando sus angustias. Así, los *enfermos* no sólo se sienten solos, sino que también estigmatizados. Sienten vergüenza y que se los despoja de su honor. Se ha tratado de reemplazar la

comunicación médico-paciente-comunidad a través de la medicina paliativa. Sin embargo, todavía no se logra suplir el lugar de los chamanes o las machis que solían reintegrar al paciente a la comunidad, devolverles el honor y la dignidad. Además, menciona la patologización de los sufrimientos.

Iván Illich en su libro *Némesis médica*, que contiene un capítulo titulado *La medicalización de la vida* afirma que *“la proliferación de agentes médicos es insalubre no única ni primordialmente a causa de lesiones específicas funcionales u orgánicas producidas por los médicos, sino a causa de que producen **dependencia**. Y esta dependencia con respecto de la intervención profesional tiende a empobrecer los aspectos no médicos saludables y curativos de los ambientes social y físico, y tienden a reducir la capacidad orgánica y psicológica del común de las gentes para afrontar los problemas”*. Y agrega: *“los miembros de la familia generalmente se asustan ante la idea de que se les pueda pedir que atiendan a sus propios enfermos”* (1975).

Para ilustrar la medicalización de la psiquiatría se podría, según este autor, describir la situación ejemplar de un hombre, tildándola de imposible. Y explicar cómo todos los problemas pueden ser patologizados. Así se le da notoriedad a la manera en la que se ha psiquiatrizado a la sociedad y farmacologizado a la psiquiatría remarcando que tal perfección psiquiátrica no existe y que la solución puede no siempre encontrarse en la constante prescripción de fármacos. Esta técnica de hiperdiagnóstico no tiene como principal objetivo solucionar los problemas del paciente, sino que hay por detrás intereses económicos e intentos de domesticar el comportamiento de los individuos (Muiño, 2015).

Existe una tendencia negativa en los equipos de psiquiatría. Esta es la del etiquetado. Muchas de las llamadas enfermedades mentales no son entidades de base biológica, sino que son constructos teóricos. Nacen a partir de problemáticas sociales. La raíz del tratamiento debería estar enfocada de otra manera (González, Pérez, 2007).

Los argumentos cercanos a la concepción neoliberal de la actual derecha remarcan la importancia de la libertad, ante todo. Del achicamiento del Estado. Enfatizan en el mérito cuyo correlato visible sería la posesión. Sin embargo, son aún dependientes de mucho de lo que ofrece el sistema actual. Salud, privada o pública le dan resguardo al individuo. No lo dejan bajo su propia cautela. Dany-Robert Dufour refería este fenómeno al decir que *“los individuos de esta sociedad están más abandonados que libres”*. Se cree que en un sistema neoliberal el poder se redistribuiría entre quienes más lo merecen ¿Pero, ¿quiénes se beneficiaron? Los empresarios. Cuyo único objetivo es satisfacer sus propias ganancias, no las necesidades de

su patria ¿Entonces dónde está esa libertad? Es una falsa libertad. Quedar al amparo de quienes solo piensan en ellos es quizás más peligroso que cuidarse a uno mismo.

Empresas farmacéuticas son quienes plagan de publicidades los medios de comunicación masivos. Ofrecen soluciones rápidas a patologías adquiridas mediante largos procesos de hábitos y rutina: malestares poco complejos. *“Comé todo lo que quieras y no te preocupes por los dolores de panza, todo se soluciona comprando este producto”* ¿Quiénes se benefician de nuestro consumo? De este en particular primero que nada las empresas gastronómicas de fast food, por ejemplo, que ofrecen comidas perjudiciales para la salud: altas en grasas trans. Y después claramente, el laboratorio que vende el medicamento que previene de dolores instantáneos, pero no previene de obesidad, problemas cardíacos, diabetes, hipertensión arterial, aterosclerosis, enfermedades cerebrovasculares, patologías renales, hígado graso, e incluso cáncer. Esos los soluciona el sistema de salud, algunas veces cómplice, a veces revolucionario.

¿Cómo funciona este ciclo entonces? Las problemáticas sociales o acciones normalizadas causan malestares o sufrimientos. Estos son diagnosticados en cada individuo (sucede en una escala masiva). Las patologías son posteriormente farmacolizadas. Pero los problemas de las personas no acaban. Persisten o contraen nuevas afecciones. Además, los individuos podrían llegar a padecer efectos secundarios derivados de los propios medicamentos. Los ejemplos varían y las gravedades se desplazan en una amplia gama. Podríamos hablar de la postura que provoca el consumo sistemático del celular. Algunas patologías que podría provocar son dolores musculares, daño a la vista, insomnio y mala postura generalizada a largo plazo. Para las tres primeras problemáticas hay medicamentos de libre acceso que se promocionan en la televisión de aire, por ejemplo.

En esta sociedad de consumo se enfocan los tratamientos en soluciones rápidas y superficiales. Muchas de las causas de todas estas enfermedades son los propios consumos y las velocidades de la dinámica de este sistema. Se insiste y exige en la inmediatez. Esto conlleva estrés, pánico y angustia a nivel masivo. En lugar de enfocar el tratamiento en medidas más profundas que promuevan la salud evitando futuros pacientes se sigue solucionando con fármacos apenas algunos síntomas de los problemas de las personas. así, actualmente, se consumen, sin medir consecuencias, antidepresivos, calmantes, opioides, antiácidos, laxantes. Muchas personas son adictas a los psicofármacos sin saberlo, no pueden solucionar sus dolores de cabeza sin un analgésico, no pueden irse a dormir sin triazolam y no logran levantarse de la cama sin la dosis diaria de estimulantes. No saben cómo vivir sin ellos. Se los han recetado desde niños, y no siempre un médico, muchas veces la televisión.

Se ha abandonado a las personas, se las ha dejado a la intemperie de un sistema exigente ¿Cuál es la solución? Confiar. Se debe fortalecer la libertad de las comunidades ¿Por qué las familias ya no saben cuidar a sus enfermos? ¿Por qué los amantes no saben proteger a sus amados? La base de nuestros malestares está en el desamparo. El individualismo nos ha quitado la libertad y nos ha liberado de nuestros semejantes para hacernos dependientes del sistema. Walter Benjamin ilustra esta situación al decir que “*en los hospitales se muere de hambre de piel*”. El contacto entre nosotros es quien nos salvará. Cuidar del otro es hoy un acto revolucionario.

Para concluir, debemos romper con el ciclo farmacológico. Es importante reencontrarnos con nuestras raíces y poder solucionar nuestros problemas de forma independiente o comunitaria. No todo debe ser inmediato. Las soluciones están en el amparo del cuidador, de la unión y del amor. Permitámonos cuestionar nuestros consumos y preguntémonos, cómo Hipócrates, si estamos dispuestos a renunciar a aquello que nos enferma.

Bibliografía:

- Dr. Díaz Berenguer, A. (2014). Medicalización de la sociedad y desmedicalización del arte médico. *Prensa Médica Latinoamericana*.
<http://www.scielo.edu.uy/pdf/ami/v36n3/v36n3a06.pdf>
- González, H., & Pérez, M. (2007). *La invención de los trastornos mentales: ¿escuchando al fármaco o al paciente?* Alianza Editorial.
<https://doi.org/10.13140/RG.2.2>
- Illich, I. (1975). La medicalización de la vida. En *Némesis médica* (2da Edición ed., p. 218). Barral.
- Muiño, L. (2015, 13 agosto). La sociedad psiquiatrizada: por qué a todos nos pueden diagnosticar un trastorno. *El Confidencial*.
https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2013-08-05/la-sociedad-psiquiatrizada-por-que-a-todos-nos-pueden-diagnosticar-un-trastorno_14944/
- Organización Mundial de la Salud (Ed.). (2006). *CONSTITUCIÓN DE LA ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD*.